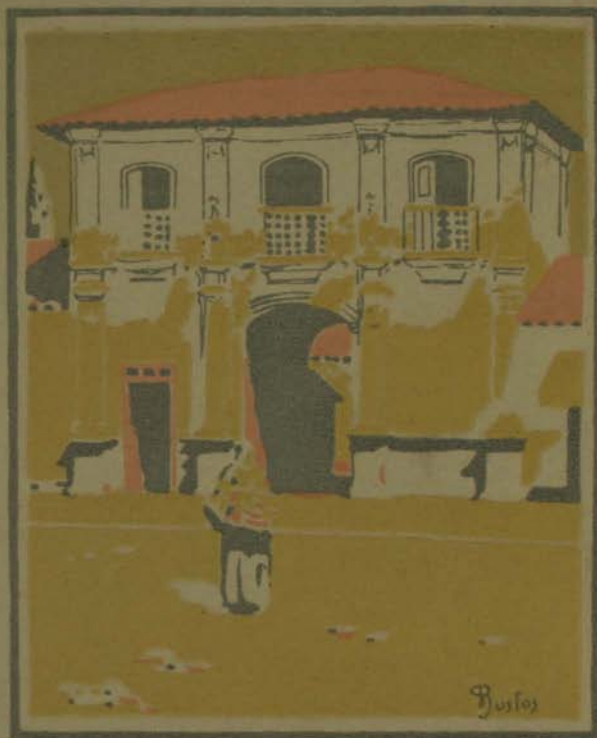


REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 2.

1.º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago
Gouche del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

LAS ELEGIDAS Y EL VULGO

Para Iris, fraternalmente.

Aquellas ideas de progreso femenino, que antaño parecían ser una utopía, van, año por año, abriendo trocha en el pesado ambiente que resabios coloniales hacían ya irrespirable. Un puñado de mujeres inteligentes abogan, desde su sala escritorio o desde la pequeña tribuna del Club, con los argumentos del ejemplo y combaten con las armas del talento y de la espiritualidad.

Inspirada en este núcleo de vanguardia, irá formándose poco a poco, la futura masa femenina, definitivamente depurada de atavismo de indolente puerilidad, por la potencia de una voluntad robusta, y del veneno de los prejuicios, por la fuerza misma de los hechos.

Son las mujeres espirituales de hoy, la base del edificio social que recién surge del páramo intelectual femenino; son las valientes luchadoras que miden sus fuerzas con el gigante de la opinión, parapetado tras las añejeces seculares, puntos de apoyo de las almas perezosas.

Si son las precursoras, suelen ser también las víctimas expiatorias. Apartadas de los unos por sus ideas, de las otras por su superioridad, encuéntrase en un temible aislamiento, blanco de todas las bajezas. Si algunos hidalgos paladines hacen suya, por convicción, la causa de ellas, cuántos enemigos solapados

no surgen a su derredor con ese prurito de las almas rastreas de rebajar hasta su nivel a las que presienten superiores.

La mujer intelectual moderna es la piedra de toque de todas las injusticias de que viene padeciendo nuestro sexo y que el vulgo encarna en ellas, por el hecho de ser la primera que pretendió sacudir el pesado yugo.

Toda evolución trae consigo convulsiones y desórdenes de cuyo caos surge la verdad; la ruta normal que ha de ser en lo futuro amplía vía de progreso. Son las mujeres que encabezan el movimiento feminista, las llamadas a sufrir todos los sinsabores de este estado transitorio en una génesis iniciada por fuerzas superiores, que nada podrá detener y para cuyo desenvolvimiento fueron creadas ellas por el Destino, que no es sino la estética del Universo.

Sufren ellas las incompresiones del vulgo, como las sufrieron antes, todos los implantadores de doctrinas; mientras más en alto han puesto su mirada, con más fruición se pretende hacerlas descender del solio formado por sus propias convicciones.

Es el vulgo un niño inconsciente y perverso que insulta por que no comprende y que adoraría si comprendiese...

Encaminan a sus hermanas estas mujeres dilectas, por la senda de la espiritualidad, la única conforme a la estética femenina; esta senda requiere más poesía que fuerza, más saber que belleza plástica. Los hombres, junto con reconocer su ascendiente y deleitarse con el perfume de arte que emana de ellas, se complacen en desconocer los gestos de su vida evolucionada hasta esferas superiores del sentir y suelen juzgarlas según el estrechísimo criterio de las almas infantiles. No piensan ellos que, si el que SABE no puede volver a la ignorancia por más que se empeñe, el individuo, sea hombre, sea mujer, que haya traspasado ciertos límites espirituales, no podrá jamás desandar lo andado, ni guiarse por las mismas máximas de aquellos que aun no han dado un paso en la luminosa senda del refinamiento espiritual.

Pero el vulgo que juzga los sentires ajenos según el propio sentir, no hace diferencia alguna entre la mujer de letras y la mujer del peluquero...

A los crueles desconocimientos, a las añorantes ansias, a esa «eterna sed» que anida en las almas sensibles, viene a agregarse la amargura intensa de la acibarosa calumnia.

Las especies que los seres retrógrados de esta tierra, espacionaron cuando la fundación del Club de Señoras, por ejemplo, suelen alimentar las imaginaciones respecto a la mujer que se atreve a levantar su voz para señalar al público los defectos de él.

Ciertas mujeres por envidia, ciertos hombres por conveniencias políticas o personales, emprenden una guerra sorda y sin cuartel con el fin de verles abandonar el campo. Por suerte, la estrecha masonería de los espíritus afines, va formando una masa compacta y resistente contra la cual no valen los ataques.

Las mujeres que llevan dentro de su cerebro el rumbo de la nave femenina, no habrán de acobardarse ante las amarguras personales por que no podrán olvidar que su voz es el clarín sonoro, que en medio del combate lleva los soldados a la victoria.

CLARY.